

Letras en primavera

Concurso literario
categoría jóvenes



Versión DIGITAL

LETRAS EN PRIMAVERA

Concurso literario

Categoría: jóvenes

© DIVERSOS AUTORES

© CORPORACIÓN DE INCLUSIÓN

SOCIAL, DE LA ILUSTRE

MUNICIPALIDAD DE CERRO NAVIA

© BIBLIOTECA MUNICIPAL FATEMA

MERNISSI

© CERRO EDICIONES

Junio de 2023

Cerro Navía, Santiago, Chile

Diseño y diagramación: Eduardo Farías

Ascencio

Índice

	Primer lugar categoría jóvenes
6	Cerro Navia
	Segundo lugar categoría jóvenes
9	El día que a la micro le crecieron alas
	Tercer lugar categoría jóvenes
13	Silencio
	Textos concursantes categoría jóvenes
21	Como dice la canción
23	Cordillera
24	Desahogo
26	Desilusión en primavera
29	El derecho a la educación
33	El gran día
36	El otro patio
38	El sueño que más anhelo
39	La historia del Sol y la Luna
40	Lágrimas de mayo
42	Me voy
43	Pasos
45	Puedo
46	Querido Juan
47	Ruido Mental

- 48 Saber que estoy vivo
- 51 Un día
- 53 Vorágine de amor
- 58 ¡Las matemáticas no me sirven!

Primer lugar

TEXTO LITERARIO

Cerro Navia

AUTOR

Joseline Abarca Lazo

Cerro Navia

A veces pienso mucho en la plata
y le cuento a mi psicólogo
para que me diga algo que me despreocupe
pero confirma mis dudas:
“es normal cuando te escasea”.
Me estreso algunos días
con la música de los departamentos
y las peleas recurrentes de mis vecinos
sacando palos y gritando a todos lados
no viven sin llamar a los pacos.
Me estresa otros días
el ruido incesante de vivir en casa pareada
pero miro el lado bueno
nunca estoy tan sola
porque les escucho siempre conversar
o subir las escaleras
y me imagino escenarios ficticios
donde yo grite por ayuda
sé que vendrían de inmediato
porque les encanta el cahuín cercano.
Pero para desestresarme
me siento en el patio a oler el aire fresco
pero siempre huele mal por acá el viento
lo notan las visitas
y el dolor en mi nariz también es cierto.
A veces hay tanta queja



y tanta pena de vivir donde vivo
me dicen en tono de consuelo:
“el lugar donde vives no te define”
pero yo para nada coincido
no me imagino creciendo en otro lugar
no imagino nada diferente.
El cielo cableado
el terreno desértico a falta de pasto
el hacinamiento de haber sido allegada
el comentario clásico: “qué peligroso”
cuando digo de donde soy
mi abuela dándome de comer
porque a mis padres no les alcanzaba
la ropa reutilizada de mi hermano mayor
o el aguantarse el dolor corporal
porque en el consultorio se van a demorar cuatro horas más
todo eso me define
y me ha dado tanta motivación
para querer cambiarlo todo
todo lo que soy
ha sido de puro pasar rabias y penas acá
y en el fondo, de la rabia a la desigualdad
hay tanto amor a la gente
y yo tengo tanto que entregar
tanta contención y compañía
que sólo quien vive en la pobreza
entiende cuánto se necesita.



Segundo lugar

TEXTO LITERARIO

El día en que a la micro le crecieron alas

AUTOR

Arantza Astudillo Sánchez

El día que a la micro le crecieron alas

Yeramí es el mágico nombre de una niña de mágicos ojos que vive en Santiago, la ciudad más cruel del país más extraño del mundo. Es de baja estatura, piel morena, el pelo rizado y camina bajo los tristes árboles con sus lentes empañados cada día. Siempre mira hacia el cielo al caminar, sonriéndole a las hojas amarillas y secas que se desprenden de los árboles para ver si así logra que les brote un poquito de color. En sus audífonos, suena música mágica y al no ver a nadie cerca, se sienta en un paradero. Observa con detención a un grupo de palomas en el techo de la fábrica del frente, pero es interrumpida por el estruendo de una micro naranja que se acerca con velocidad. Yeramí se enfada a diario con esos autos gigantes; suenan demasiado, corren demasiado y ponen a la gente triste. Ella lo veía, la gente nunca sonreía en las micros. Así que decidió no volver a subir a una nunca más. Sacudió sus pies mágicos y emprendió el viaje a casa. Las palomas fueron sus fieles compañeras, les hablaba de su música mágica igualando su sonido natural.

A Yeramí desde pequeña le encantaba coleccionar flores que encontraba por el camino para llevarlas a casa y darle vida a la mesa donde comía con su abuela, pero esta vez fue diferente. Ya casi no quedaban flores en la ciudad para coleccionar. El sonido de las aves era inmenso, así que dejó de pensar y emprendió nuevamente su camino. Mientras avanzaba las casas eran cada vez más tristes, la tierra más seca y el aire más frío. A lo lejos divisa un grupo grande de personas mágicas saliendo de un edificio. Apresura el paso para alcanzarles y se queda paralizada al ver cómo



la gente caminaba en manada, pero casi sin mirarse. En sus manos celulares, en sus ojos frialdad. Se queda descolocada al ver lo triste que resultaba aquel semejante acontecimiento. Se mete la mano al bolsillo, saca su celular, apaga la música y sigue caminando. Algo se había apagado en su sonrisa mágica.

A medida que avanzaba las cosas empeoraban. Niños mágicos durmiendo en la calle, perros delgados con la mirada perdida, gente indiferente y autos gigantes opacando el ruido de las aves. Sus ojos se llenan de mágicas lágrimas y se sienta en el paradero del frente. Cierra los ojos con fuerza deseando fervientemente convertirse en un enorme pájaro. Ya no quería seguir caminando a casa. A lo lejos, se escucha el triste sonido de un auto gigante acercarse. Llega hasta ella y abre las puertas, pero Yeramí no lo miró, solo por inercia se subió y se despidió de las palomas por la ventana. La micro estaba llena de personas. No las quería mirar y ver otra vez sus ojos tristes mirando la nada, pero el sonido del canto de las aves interrumpió su panorama. No entendía de dónde provenía ese hermoso sonido, era como la música mágica que siempre escuchaba al regresar. Inmediatamente mira a su alrededor y se queda absorta viendo como las personas se encontraban en silencio mirándose entre sí. Es ahí cuando le pareció que el sonido provenía de sus ojos, libres ojos mágicos.

Debido a la rapidez, la micro se comenzó a sentir extraña. El movimiento ondulante del recorrido era extremadamente suave y Yeramí sentía como si alas mágicas invisibles le estuvieran haciendo volar. La gente comenzaba a interactuar y de pronto escuchó las risas de unos pequeños niños mágicos asombrados por lo que había fuera de la ventana. Se mete entre la gente rápidamente buscando la ventana más grande de aquel gigante auto. Debido al asombro, se tapa la boca con sus manos mágicas y sus ojos se abren



como nunca al darse cuenta de que la curiosa micro corría sobre el agua acercándose a una bandada de pájaros que volaban cerca del sol.

Todo era confuso en su mente, no podía comprender como podía estar sobre el agua si en su ciudad no había mar. De su mágica boca brotó una inocente risa y fue contagiando las bocas de los demás. Si esto resultaba ser un sueño, era el sueño más hermoso y del que no estaba dispuesta a despertar. La música mágica ya no salía de sus audífonos, si no de su alrededor. De repente, siente la música proveniente de una especial flor dorada que posaba tranquila entre tan majestuosa vegetación. Había por montones, de todos los colores y tamaños. Eran todas hermosas, pero deseaba con el alma aquella flor amarilla que tenía el color dorado del sol. Nunca había visto una igual. Saca la cabeza de la ventana y estira sus brazos para intentar alcanzarla. Algo en su corazón le decía que esto pronto desaparecería.

Cada vez más cerca, el sol creaba un mágico atardecer que enceguecía los ojos de Yeramí mientras sus mágicas manos se despedían de los pájaros lejanos que danzaban el baile de la libertad. Al despertar, se encontraba en su cama, y al lado, posaba la flor más bella que sus ojos vieron jamás.



Tercer lugar

TEXTO LITERARIO

Silencio

AUTOR

Axel Pailamilla San Martín

Silencio

El silencio se rompió a las siete de la mañana como estaba programado, la alarma rugió sin piedad. Seguía oscuro, como siempre. Le costó abrir los ojos, y mantenerlos abiertos aún más. Cuando estuvo un poco más consciente de sí mismo notó un dolor punzante en la mandíbula, el bruxismo haciendo de las suyas. Intenta ubicarse, se siente mareado y no reconoce del todo el lugar. La cama era de una plaza, apegada en la esquina de la habitación y frente a él, una ventana; no era ni cuadrada ni circular, se asemejaba más a la ventanilla de un avión. Estira su brazo derecho y siente un mueble, que luego comprueba con sus ojos es una mesita de noche, donde reposa el despertador, ¿es nuevo?

Con cada momento que pasa sus ojos ven más detalles de la habitación, es más pequeña de lo que parece, de un color gris que quiso ser blanco y quedó a medias, hace su mejor esfuerzo para aclarar un poco el espacio tan pequeño. Se sienta en la cama y siente el piso, para su sorpresa estaba tibio. Frente a él, por la derecha en la esquina de la habitación está la puerta, y una leve luz que proviene de fuera adorna su contorno. Se pone de pie y a paso lento va hacia la pequeña ventana que no tiene ningún tipo de protección o adorno, solo la ventana desnuda por la que entra una minúscula cantidad de luz. Se acerca y puede ver el entorno en el que se encuentra. Afuera solo hay oscuridad, hacia arriba y hacia abajo y a ambos lados. Es inconfundible, está en el espacio. Una sensación de vértigo le llegó de pronto desde el bajo vientre, y por algún motivo pensó que se caería y quedaría varado para siempre flotando en eterna oscuridad, jugando con seres del espacio profundo.



Un hormiguo extrañamente agradable le cubrió las piernas que empezaron a tiritar casi al mismo tiempo.

Mientras trata de calmarse mira una vez más hacia el infinito, entre toda la oscuridad ve puntos de luces que titilan en distintos colores; estrellas que van moviéndose lenta pero inconfundiblemente hacia la izquierda, luego hacia la derecha, pero siempre hacia arriba. Se sintió en extremo pequeño, como si tomara conciencia de su existencia y escala en el cosmos en ese preciso momento.

A su derecha, a ras de suelo abarcando toda la pared ve una corredera de cajones, sobre ellas ve unos libros de astronomía y científicos reconocidos junto a un cuaderno que tiene hojas faltantes, y otras sueltas con escritos a mano imposibles de leer, producto manchas y rayones hechos con el mismo color del lápiz con el que fueron escritos. Solo queda una frase, «Comunicarse con base, comunicarse con tierra», donde reconoce su puño y letra.

Es extraño, si bien reconoce su letra no recuerda haberlo escrito. Mientras se saca el pijama y se pone el uniforme intenta recordar un poco más pero le es difícil. No puede recordar cuántos días llevan viajando, lo único que recuerda con total seguridad es que fue el mejor de su escuadrón, el capitán de la misión. Recuerda a sus compañeros: una mujer y un hombre mayor, quienes fueron elegidos entre más de trescientas personas. También recuerda que la misión consiste en restablecer la base de la tierra en Titán, que por sus características es más factible y favorable poblarlo, mucho más que Marte a pesar que el planeta rojo está considerablemente más cerca. Hace poco se descubrió que la materia oscura realmente existe, y que es relativamente factible crearla. Esto dio paso a que la hasta ese momento “teoría” del mexicano Gabriel Alcubierre: «Empuje por Curvatura» lograra ser probada y comprobada como factible con éxito, dejando atrás el concepto de “teoría”. Producto



de eso podemos llegar a planetas lejanos y cercanos en meses o años y no décadas. También gracias a las inteligencias artificiales, así como ayudaron a complementar al arte ilustrado y la música también ayudó a mejorar la ciencia. Mejorando y completando muchas ecuaciones, y con otras inteligencias lograron mejorar el diseño de naves, ya sea espaciales o submarinas con diseños más eficientes tanto para materiales como para desempeño.

Con más calma salió de su habitación. La nave era pequeña, había una gran estancia con dos grandes ventanas a ambos extremos, izquierda y derecha. Directamente a su derecha estaba la habitación del hombre mayor, y frente a ellos la pieza de la otra colega, vecina de las provisiones. A la izquierda en toda la esquina se ve un panel de control y tres sillas, donde se ve el recorrido de la misión. A un costado de las puertas están los trajes espaciales: unos modelos nuevos color negro, extraña decisión de diseño teniendo en cuenta el lugar donde se estará flotando. Los tres colegas salieron al mismo tiempo como si fuera una coreografía, todos mostraban nerviosismo e incluso miedo. La mujer se veía pálida con ojeras prominentes bajo los ojos, el hombre mayor se veía más pequeño de lo que él recordaba, tenía pedacitos de comida al parecer vomitada en la barba y en el uniforme. “Yo no debo tener mejor aspecto que ellos” pensó, —y qué razón tenía— los tres mostraban los mismos síntomas, y la misma sensación de ser observados.

Alguien está con ellos. Alguien más.

¿Todavía sienten la presencia?, preguntó la mujer cruzándose de brazos en un abrazo, el hombre mayor respondió afirmativamente apoyándose en la puerta detrás de él, enfatizando que se siente aún más que hace unos días. Parece que ellos saben mucho más de lo que está pasando en la nave, y tienen bastante razón, el capitán también puede sentir presencias a su alrededor, cientos de ojos con una presión abrasadora e intensa. “Pongámonos manos



a la obra” dice para disipar lo tenso del momento y tranquilizar al equipo de cierto modo.

La jornada avanza con normalidad hasta que: “Toc-Toc”. Da un salto del susto y mira a su alrededor, la mujer lo mira con los ojos muy abiertos y el hombre mayor salió rápidamente de su habitación. El ruido del silencio comenzó a crecer con furia, el corazón de la mujer latía tan fuerte que lo podía sentir retumbando en las orejas, y las piernas del hombre mayor se movían como árboles en un fuerte terremoto. Los tres se miraban esperando que alguno confesara la autoría de aquel ruido, pero lo único que veían eran caras desconcertadas. En orden fueron tragando saliva, remojando la garganta seca por respirar tan fuerte con la boca abierta. Cuando se empezaron a relajar volvió a sonar “toc-toc”. La mujer y el capitán se levantaron mirando al techo y otro toc toc irrumpió violentamente, el anciano miró hacia el suelo. El ruido paso a través del silencio, que era tan denso que podrías pensar que se volvía más sólido, como si fuera agua y no aire y su ruido se volvía cada vez más fuerte, tanto que parecía ruido blanco en una televisión que quedó sin señal.

Los tres estaban convencidos de que el ruido venía desde fuera, pero ¿cómo era posible? Con cada segundo que pasa el toc toc aumenta en fuerza y velocidad, también en número. Ya no es "toc-toc", es "toctoctoc" de forma frenética. Unos se solapan sobre otros como voces que hablan al mismo tiempo y las palabras son inentendibles. Se miran sin decir palabra, ya no están seguros de dónde vienen los ahora cientos de tocs tocs. Con los primeros era evidente de dónde provenían, pero ahora el ruido viene de todos los lados, rodeándolos. Caminaron hacia una de las grandes ventanas que adornaban la estancia, el anciano les imitó y caminó con dificultad, cada uno posó su mano en la ventana para sobre llevar el vértigo que produce mirar al infinito. La mujer mantuvo



un ojo cerrado para mantener a raya el mareo, pero rápidamente lo vuelve a abrir de la impresión que le produce su descubrimiento.

De pronto la mujer recuerda una vez en su bella infancia, caminando con su padre y su hermano mayor por un acuario, acuario que encontraron de casualidad en el parque O'Higgins antes de mudarse a Estados Unidos producto del trabajo del padre. Al entrar lo primero que ven son peces extremadamente grandes y grises, que flotaban con sus ojos inexpresivos, sus bocas se movían como si tragasen agua y sus branquias se movían lenta y elegantemente en sus costados. El tamaño la sobrecogió, eran unas tres cabezas de hombre adulto y ella, con ocho años los veía en extremo grandes. Se acercaban curiosos por su presencia: un ser totalmente diferente a ellos venía a verlos a su cárcel disfrazada de hogar.

Ahora los peces la observan en libertad frente a ella y al resto del equipo. Estos peces eran muchos más grandes en tamaño y número, y más terroríficos: algunos del porte de un refrigerador y otros del porte de una micro, a quienes solo se le podía ver la cara un poco del cuerpo. Unos tenían expresión de extrema tristeza y agonía, con una mueca y ojos sin alma que da la sensación que han presenciado los horrores del mundo. Otros a diferencia de los peces que vio la mujer en su infancia no tienen los dientes como sierra, sino perfectamente humanos.

El anciano recordó cuando era joven y salía con su padre a pescar y lo mucho que le incomodaba ver como los peces intentaban respirar aquel nuevo fluido que los rodeaba, y lo lento que alcanzaban la muerte. Cuando esto lo agobia, los mataba de un golpe o con un cuchillo intentando acabar con su sufrimiento, pero esto no lo aliviaba lo más mínimo.

El capitán incrédulo mira al cardumen de peces que los acosan. ¿Peces en el espacio? O ¿no estamos en el espacio? No tuvo mucho tiempo para pensar, un fuerte golpe al costado opuesto al que



están golpea la nave, las luces se apagan y un fuerte ruido de alerta acompaña al ya desagradable toqueo de los peces en una orquesta infernal. El capitán y la mujer dan media vuelta rápidamente para ver qué está pasando del otro lado. El anciano hace lo propio pero desvía un poco la mirada al panel de control de la nave. Ve una pantalla en el que se muestran unos números y un dibujo de la nave, en grande se muestra la palabra «ALERTA» en rojo, única fuente de luz para la estancia se prende y apaga en intervalos, pero lo que más le causa curiosidad es que no la entiende del todo, es como si fuera la primera vez que ve aquel panel de control.

Mientras camina a la otra ventana aparece una luz desde el exterior, tan fuerte que tuvo que cerrar los ojos para que no le dolieran. Al llegar se encuentra con los jovencitos con los ojos y boca bien abiertos en una mueca de sorpresa infantil, llegó hasta la ventana y vio el horror. Afuera hay un sol, —¿un sol? —que sube y baja, flotando como si un viento soplara con fuerza desde abajo e intentara mantenerse en posición. Cuando puso los ojos en el sol vio en su periferia siluetas que no logró ver en detalle, y cuando puso la atención en ellos el sol se apagó, obligándole a abrir los ojos con fuerza.

Momentos después otro golpe mucho más violento azota la nave, cayendo con estruendo al suelo, y la alerta cesó su rugir. El golpe fue tan grave que la nave tuvo serios daños y los tres quedaron aturdidos, el anciano quedó sordo y sangre comenzó a salir desde las orejas, intentaba gritar para aliviar un poco el dolor pero no podía respirar con normalidad. La mujer quedó aturdida, con una gran cantidad de sangre fluyendo desde su cabeza. El capitán logró cubrir su cabeza con las manos y logró mantenerse despierto a costa de fracturarse el brazo que tuvo el mayor impacto. Atiende a la mujer y al anciano pero el sol vuelve mucho más fuerte, irradiando calor dentro de la nave. Cuando los tres miraron hacia



fuera vieron que el sol era en realidad un pez abisal, alumbrando con su linterna natural y mirándolos atentamente. Adornando este terrorífico paisaje como si fuera un marco se ve el contorno de peces de distintos tamaños y formas, algunos brillaban con luz propia. Por momentos las estrellas del fondo se apagan por la presencia de un gigantesco ojo color violeta, que se puede ver gracias a unas medusas brillantes que flotaban cerca. Todos los peces miran hambrientos y curiosos, atentos. El sol se apagó. Otro Golpe. Luz. Golpe.

Silencio.



Textos literarios concurstantes

Como dice la canción

Joseline Abarca Lazo

Te he echado de menos antes
y me he sobrepuesto
no me voy a morir
pero duele cada tanto.

Sigo madrugando
para llegar temprano al trabajo
y no toparme con la masa apretujada
que también toma metro en la mañana.

Para tener algo menos por lo que angustiarme
además de tener que hallar formas de superarte.

Sigo comiendo bastante
aunque cuando tengo la comida en la boca
extraño tu cocina y tu rostro expectante
a mis reacciones culinarias teatrales.

Entonces ya no puedo tragar a gusto
y se reprime el llanto en la garganta
para terminar la última mordida
ni a la mandíbula le quedan ganas.

Hago el recorrido de vuelta a mi casa
en la 505, dirección a Cerro Navia



paso por ese paradero en Rosas
donde fue el primer beso
te fuiste de Santiago y te salvaste
ni siquiera tienes que revivir esto.

Mi abuela pregunta por ti
mencionando tu nombre en voz alta
le cuento que no hemos vuelto a vernos
y parece que de un muerto se hablara
cambia el tono
con lástima en la mirada:
“qué pena mijita, y tanto que me gustaba”.

Me repito que de amor ya no se muere
como dice la canción de Gianni Bella
tiene razón, pero también dijo:
“algo en mí se morirá”.



Cordillera

Valeria Díaz Santander

Frío primero, después lluvia recién cuando paraba

—o creía yo, paraba—

E L H O R I Z O N T E

Santiago crece abre su margen

y veo. El espacio es un consuelo y deja de esconderse.



Desahogo

Javiera Valle

Y despertamos un día en un mundo distinto, donde reinaba el caos y la desesperación, donde desconfiábamos hasta de nuestros cercanos, donde abrazarnos era mortal y un saludo se convirtió en lejano, donde la distancia era primordial y los besos eran armas letales, tomarnos de las manos estaba prohibido y las muestras de amor fueron cada vez más nulas. La nueva realidad nos transformó en personas solitarias, egoístas y poco afectuosas.

Despertamos un día y no podíamos vernos, nuestra habitación era un lugar seguro y la luz del día solo se podía apreciar por la ventana.

Comenzaron las inseguridades, aquellas que no conocía, la ansiedad se transformó en algo más que cotidiano, algo así como mi peor amiga, la desconfianza y el miedo se apoderaron de todos esos pocos minutos en donde podía salir a comprar pan.

Comencé a extrañar cosas que antes ni siquiera hacía, salir a correr o a jugar e incluso llegué a extrañar a mi vecina, aquella que siempre me miraba feo por llegar tarde o que me llamaba la atención por lo corta que estaba mi falda.

Pero creo que lo peor de todo fueron las muertes, llevo claro en mi memoria a don Julio, mi vecino, ese que me vio crecer o que me regalaba dulces cada vez que me veía en la calle jugando con mis hermanos, ese que era mi cómplice cuando le sacaba a escondidas monedas a mi mamá para jugar a las máquinas y entre risas me compraba un helado y lo tomábamos a escondidas para que no lo retaran porque era diabético, me acuerdo que me levante un día



miércoles y salí a comprar al negocio de siempre, miré a mi alrededor y vi lleno de globos blancos, con tristeza me fijé que al final del pasaje había una corona de flores que decía “Julito” al medio, se me partió el corazón y lloré, no me pude despedir de él ni tampoco decirle que extrañaría todas nuestras travesuras y nuestras risas, don Julio fue el punto de partida en la pandemia, me acuerdo que llamé a mi vieja y entre llantos le dije que la amaba y que la extrañaba y ella entre asustada y ahogándose en tos me dice que está en el hospital esperando el resultado de su examen, yo creo que me puse pálida o transparente porque las pocas personas que estaban a mi alrededor me miraron asustadas, no me acuerdo como llegue a la casa, pero entré y estaba sola y oscura, totalmente ajena, lloré toda la tarde y rogué que mi mamá no acompañara a don Julio. Pasaron los días y después de mi vieja cayó mi tío. Toda mi familia entró en pánico y sin poder vernos las cosas se hicieron difíciles, no podíamos consolarnos y la preocupación crecía. Aún recuerdo que dos semanas después mi mamá llegó a la puerta de mi casa, recién levantada y con tremendas ojeras, llorando, pero sana, corrí y la abracé, su sonrisa estaba intacta, su sentido del humor igual que siempre y aunque pasó un infierno, llegó con esperanzas a vivir conmigo.

Hoy estamos juntos todos y las llamadas se hicieron cotidianas, si bien mi amigo Julito no está, vive en mi memoria y aunque me muera de miedo cada vez que mi mamá tose y se pone roja con la tos, agradezco a diario tenerla conmigo y seguir fuertes esperando que todo vuelva a ser como antes, o quizás un poco mejor que antes.



Desilusión en primavera

Raimundo Ulloa Guzmán

A veces pienso en las fotos que habías escogido para poner en tu perfil de la red social en la que te conocí, las cuales yo había visto minuciosamente y habían provocado llamar mi atención. Tu descripción era simple y breve: signo zodiacal, el amor por los felinos y peculiares gustos musicales. Lo recuerdo bien, como si aquella tarde de septiembre donde la primavera ya había comenzado, no hubiera sido hace tanto tiempo. Aunque tomé la precaución y tomé una captura de pantalla, por si no hubiéramos tenido “coincidencia”, podría buscarte en alguna otra red social. Me equivoqué, y coincidimos. Aunque un peak de emoción recorrió mi cuerpo, podía sentir que no habría más que eso, haber tenido coincidencia en una red social para citas, aunque el uso que le habían dado últimamente estaba relacionada a tener encuentros de sexo casual. Pero no buscaba un encuentro casual, quería conocer a personas con sus historias de vida.

Tengo que decir también, que no fuiste el primero con el que creí que había encontrado lo que buscaba, hubo varios candidatos antes de conocerte. Pero no hubo más de cinco citas consecutivas con la misma persona, nadie había logrado llamar bastante mi atención como lo has hecho tú. Contigo fue lento, hasta que me atreví a invitarte a que tuviéramos nuestra primera cita. La verdad me demoré bastante, porque creía que no tenía nada para ofrecerte, ¿cómo podría llegar, al menos un poco, a llamar tu atención? Reconozco que me esforcé por lograr esta idea, desde el inconsciente actuaba. Te buscaba y dejaba mensajes en canciones. Quizás



nunca te diste cuenta. Quizás pensabas que había alguien más, que era para alguien más, pero has sido tú. Desde ese día siempre has sido tú.

Cuando logré lo que quería, verte, lo que creía sentir aumentó y se intensificó. Pareces más interesante de lo que creía, y también mucho más apuesto y guapo de cómo te había imaginado. Fuiste el libro que quería leer hace bastante tiempo. Aunque no eras aquel personaje indefenso que necesitaba que alguien le rescatara. Aquella tarde, examiné tu rostro con mi mirada, siempre me detenía en tus ojos, también en tu boca, la cual termine tocando con la mía. Sentí tus labios dulces y suaves, hasta que la noche se había instalado y nos daba por avisado que había llegado a su fin nuestra primera cita. Del encuentro recuerdo poco: tus cigarrillos y la marca del chocolate que compartimos, pero logré capturar muy bien tu rostro, tus gestos, el tamaño de tus manos que acaricié en bastantes ocasiones y tu temperamento.

Planeamos tener una segunda cita que nunca llegó. Había creído que habíamos conectado bien, como para seguir saliendo. Pero hubo un desenlace que no sospechaba, no lo veía venir. Tiempo después, la despedida en el andén parecía haber sido un adiós definitivo. Le di muchas interpretaciones a tu silencio, a tu abandono. El tiempo pasó, y no supe nada más de ti. A veces te encontraba en canciones que te había dedicado sin que tú lo supieras, comencé a desvelarme por las noches, esperando un mensaje con una invitación que nunca llegó. Necesitaba alguna ilusión, pero me terminaba engañando.

A veces creo que, es muy probable, que haya malinterpretado tus señales. Tus besos, y lo que ocurrió aquella vez primera tienen más significados. Incluso habíamos planeado un paseo a la playa cuando el verano se hubiese instalado en su máxima calidez;



noches de películas en tu casa después de la “hora del té” con tu familia. No me lo imagine, fueron tus palabras.

El romance que había creado donde solo había fantaseado, y terminé desilusionado por los escenarios que creí que iban a suceder. Había tomado una decisión, dejarte atrás. Quizá no llegar al extremo aun de bloquearte del mundo virtual, pero tenía luces claras: necesitaba y debía dejarte atrás para continuar el curso de mi vida.

Fuiste aquella flor hermosa que apareció en el sendero de mi camino que estaba recorriendo en primavera, después de aquel triste y terrible invierno lleno de gris, amargura y pena, que me pedía a gritos recibir los cálidos abrazos de alguien. Lograste engañarme, y aunque quizá comencé a fingir que había dejado atrás aquella historia.

Favorablemente, he perdido mi diario de vida, donde he redactado infinitas cartas que nunca envié. Y aunque quizás haya sido positivo perder todo registro de lo que me has provocado sentir, tengo la certeza de que algún día pueda olvidar tu sonrisa y el sabor ácido y amargo que tus besos terminaron dejando. Quizás soy también responsable por haber construido ilusiones que terminaron solamente idealizarte. Quizás no terminé siendo suficiente, o hasta incluso siendo lo que buscabas, o no era lo que creías que era. Eres y serás aquella desilusión de primavera. Aunque deje de odiarme y odiarte.

El derecho a la educación

Javiera Parra Moreno

Érase una vez un grupo de tres niñas, las cuales se llamaban Camila, Sofía y Andrea. Las tres eran mejores amigas e iban todos los días juntas al colegio, donde cursaban quinto básico en la escuela del barrio. A todas les iba muy bien. Camila era la más estudiosa, le gustaba muchísimo la asignatura de Historia y se sabía todos los contenidos que veían en clases. Sofía era muy buena en Ciencias, le gustaba hacer muchísimas preguntas todo el día y eso le ayudaba a comprender todo mucho mejor. Andrea era excelente en Lenguaje, le encantaba escribir todo tipo de textos y era muy creativa. Las tres niñas siempre se veían después de clases para jugar cuando no tenían tareas por hacer.

En una de esas tardes en las que se juntaron, salieron a caminar por el barrio en el que vivían. Caminaron sin rumbo conversando sobre varios temas, cuando de repente se cruzaron con un niño que tenía sus edades aproximadamente, estaba sentado en la banca de una plaza que estaba cerca de la casa de Andrea. El niño tenía una caja de chicles y una bolsa de dulces en sus manos. Las niñas, muy curiosas, se acercaron a él para hablarle:

—Hola, ¿cómo te llamas? —preguntó Sofía.

—Hola —contestó el niño—, me llamo Jorge, ¿por qué? —Jorge hablaba con un acento distinto, uno que las tres niñas ya habían escuchado antes en el colegio.

—Por nada, es que estás aquí solito. Nunca te habíamos visto, ¿eres de por acá? —dijo Camila, la cual sentía curiosidad por



conocerle. Antes de que Jorge les respondiera, las niñas se sentaron a su lado para conversar más cómodos y Camila hizo otra pregunta:

—¿Te molesta que nos sentemos contigo?

—Para nada —dijo Jorge—. Llegué hace poco acá a la ciudad, ahora mismo estaba descansando un rato.

—¿Y por qué no descansas en tu casa? —le dijo Andrea, que pensaba en que cuando ella estaba cansada, se iba a su casa a dormir o se iba a ver televisión.

Jorge miró a las niñas y luego dirigió su mirada hacia los buses que pasaban por la calle que estaba cerca de la plaza. Les contó que venía de muy lejos y desde que llegó al país tenía que trabajar todos los días hasta vender todos los dulces que sus papás le pasaban a diario para tener un poco de dinero y les alcanzara a pagar un colegio, pasaba las tardes caminando por las calles grandes y a veces se subía a los buses para ofrecer los dulces que tenía. A Camila, que sabía mucho de historia y ciencias sociales le llamó la atención la situación y le comentó:

—Pero, Jorge, eres un niño, no deberías estar trabajando, es más, hay colegios que son gratuitos, como en el que vamos nosotras juntas y tú igual puedes entrar, queda cerca de aquí.

Sofía agregó:

—Así es, incluso ir al colegio es súper divertido y aprendes muchísimas cosas. Incluso puedes hacer amigos y te servirá para cuando seas más grande.

El niño se quedó pensando unos momentos. él no tenía idea que podía estudiar en su nueva ciudad y sus padres tampoco, les contó a las niñas que no sabía que podía entrar a un colegio y que era lo que más quería. Cuando las tres amigas escucharon esto, a Andrea se le ocurrió una brillante idea, escribirle una carta a los



padres de Jorge para que tuvieran más información y así su nuevo amigo pudiese entrar al mismo colegio que ellas.

—Jorge, —dijo Andrea— yo soy muy buena escribiendo, te podemos ayudar entre las tres a que tus padres sepan que puedes entrar a un colegio y puedes aprender allá, hasta puedes vender tus dulcecitos ahí para que ellos no se preocupen. Camila se sabe todos los derechos del niño de memoria y entre ellos está tu derecho a recibir educación, es muy importante que estudies.

Andrea tenía esperanzas en ayudar a Jorge. Camila, Sofía y Andrea sabían muy bien que era posible hacer valer los derechos de Jorge y que este fuera al colegio como tanto quería.

Jorge aceptó feliz la ayuda de las tres amigas y los cuatro fueron a la casa de Andrea, que era la que quedaba más cerca. Cuando llegaron, las niñas sacaron papel y lápices y se sentaron en el patio de la casa, ahí comenzaron a escribir:

—Jorge, ¿cómo se llaman tus papás?

—Se llaman Juan y Alicia —respondió Jorge, que sentía incertidumbre de lo que podría pasar. Las tres amigas comenzaron a dar ideas y a escribir la carta con toda la información que conocían acerca del derecho a la educación para los niños. Al terminar, la leyeron en conjunto:

“Estimados Juan y Alicia, les escribimos porque supimos que Jorge no va al colegio porque llegaron hace poco aquí. Les queremos contar que todos los niños tienen derechos y uno de ellos es el derecho a la educación. En Chile se dan facilidades para que los niños que vienen de otros países puedan estudiar aquí sin problemas. Por ejemplo, Jorge se puede matricular de manera gratuita en cualquier colegio que lo permita y en cualquier época del año. También tiene el derecho a recibir becas de alimentación, seguro escolar, movilización y los materiales que le correspondan para que pueda estudiar de la



mejor manera. Jorge puede estudiar sin ser discriminado y merece ser tratado en la escuela y fuera de ella como cualquier otro niño. Les invitamos a acercarse al colegio del barrio para tener más información y pueda entrar a estudiar. Jorge puede vender sus dulces dentro del colegio para que ustedes no se preocupen, pero es muy importante que viva como un niño y crezca aprendiendo.”

Los cuatro quedaron conformes con lo que escribieron, así se dirigieron al lugar en donde Jorge vivía y pasaron la carta por debajo de la puerta llenos de esperanzas en que los padres de Jorge tomarían en cuenta lo que quisieron comunicar y que su nuevo amigo pudiese entrar al mismo colegio que ellas.

Los cuatro pasaron la tarde juntos; Andrea, Camila y Sofía ayudaron a Jorge a vender los dulces que le quedaban, finalmente los vendieron todos y terminando el día se despidieron. Las tres niñas vieron a Jorge alejarse caminando a su casa y llenas de esperanza, le desearon cosas buenas a la distancia.

Fue una buenísima sorpresa cuando las tres mejores amigas volvieron de las vacaciones de invierno y en el momento en que volvieron a clases, vieron a Jorge en la misma sala que ellas. Jorge les contó feliz que sus padres entendieron la situación y que decidieron matricularlo para que sea de los mejores estudiantes. Jorge se sorprendió en la escuela al ver que habían muchos compañeros que provenían de su mismo país de origen y habían otros que venían de otros países. Entendió lo importante que es tener la oportunidad de estudiar y aprendió que tiene derechos que se deben respetar, así que se comprometió a ayudar a otros niños que estuvieran en la situación que él pasó. Los cuatro niños se hicieron mejores amigos y se respetaban entre todo el curso.

Fin



El gran día

Magdalena Vergara D.

Dante no se percató, pero esa misma mañana, la más importante de su vida, se levantó con el pie izquierdo y salió con rapidez de la habitación para meterse directamente al baño, ducharse y comenzar a prepararse para el gran día. Una vez bañado, se volvió a bañar en perfume, se cacheteó un par de veces y volvió a su estudio para recoger todo lo necesario: carpetas, documentos certificados, cargadores, pendrives, tarjetas y miró el calendario una vez más antes de salir a la cocina. Sonrió al ver el 30 de agosto encerrado con un círculo exagerado hecho por un marcador rojo: el día clave en su vida.

Dante caminó, como todas las mañanas, al paradero en la esquina de su casa y esperó a que el bus llegase, soñando despierto sobre el día en que recibiera su primera liquidación con siete números impresos al final del total, acompañado de un precio-signo peso, dándole el verdadero valor a todos los años de sacrificios y de miserias que tuvo que pasar, no solo ahora que era un adulto, sino que también de adolescente, de niño y de infante. Cuando paró de soñar con los viajes, una habitación con baño privado y salida al balcón, junto a un espacioso walking closet con un espacio separado para los zapatos, la gente se abarrotó frente a él para poder subir. Terminó por sentarse en un asiento reservado y todos le miraron feo, pero él no tenía tiempo para que le importase y de su maletín sacó el maldito reporte que le costó casi tres meses enteros de su vida, incluyendo los días en la oficina y las



noches en su cama, en el baño o donde pudiera, para comenzar a estudiar el mismo discurso que repetía hasta dormido.

Mientras el bus cruzaba toda la sociedad desde la periferia hasta el oriente, Dante repasaba la presentación en su cabeza una y otra vez como un religioso mantra. Sus ojos pasaban de cifras a más gráfico y apenas se dio cuenta cuando ya se encontraba lejos de su hogar y cada vez más cerca del éxito. No paraba de recordar todas las miserias que pasó cuando niño y todos los pasos que lo habían llevado hasta ahí. Finalmente, esa ambición de más que se había despertado en él, estaba rindiendo sus frutos. Lo supo cuando llegó a la oficina gris y fue recibido por la sonrisa falsa de la secretaria, quien lo guió por un laberinto infinito de oficinas donde las personas se desvivían intentando hacer exactamente lo mismo que él: generar dinero, ser exitoso. Abrió su presentación y de pronto, tras un pestañeo, se vio a sí mismo frente a estos señores siendo aplaudido mientras lo felicitaban por su proyecto, por su trabajo y su carrera profesional.

Dante no paraba de observar las manos que firmaban sus cheques y sintió un alivio enorme dentro de sí mismo. Lo había logrado. Después de estrechar la mano una infinidad de veces con diferentes hombres ricos, salió de aquella mole de cemento para la que trabajaba con un ascenso y una cuantiosa bonificación en el bolsillo. Él no podía creerlo y soltó un grito de la emoción en plena calle, así que no fue sorpresa cuando fue a la licorería más fina que encontró y compró un vino estúpidamente caro, uno que ni siquiera podría apreciar porque siempre había sido un tipo de cervezas, pero que al menos Beatriz, su esposa y eterna compañera, amante del vino, podría apreciar. Pidió un auto para que lo llevase a su casa y desde su celular comenzó a cotizar el que se compraría con este nuevo sueldo o el próximo departamento por el cual se endeudaría.



Entró a su casa con el vino, los chocolates, las flores y la emoción listo para ser compartido con Beatriz, pero solo se encontró con oscuridad y silencio. Cuando prendió las luces, se encontró con otras cosas encima de la encimera de la cocina, que de inmediato le hicieron sentir un escalofrío en el cuello: un sobre cuadrado, una nota, llaves de la casa, un anillo y una foto: ellos el día de su matrimonio. Con la foto en la mano, recordó que ese día, 30 de agosto, se encontraba de aniversario y que nuevamente —tal como el año pasado—, él lo había olvidado.

“Esto no da para más, lo siento mucho. Ojalá puedas firmarlo para el lunes. —Bea.”

Con el shock del momento, él no se había percatado, pero Beatriz se había llevado todo, incluso las fotos de la sala. Con los papeles de divorcio en la mano y la botella de vino en la otra, se sentó en el sillón, abrió la botella y la alzó hacia el cielo, haciendo un típico brindis, celebrando su ascenso, lamentando su soledad.

“Qué gran día de mierda”, dijo para sí mismo, dando un sorbo amargo directo desde la botella.

Fin



El otro patio

Fabián Fuentes Rodríguez

Estoy en el otro patio
y no contesto llamada alguna,
absorbido por la sentencia
desaparezco de la narración.

Cabezas cuadradas, cabezas cuadradas, Om.
Ombliigo, ombliiguero, ombliiguismo, omisión,
omitir, omnidireccionalidad salomónica.

Compra, venda, haga, muera,
somos como un poodle negro
con frío en la noche.

En el otro patio, en la otra sombra,
en la otra mesa
el desayuno de hoy es materia oscura
y a nadie le importa,
a usted le duele la muela y a nadie le importa,
le duele la muela, le duele
y a nadie le importa.

Hay alguien atrapado en el otro patio
adentro de una caja de fósforos
y está gritando, pero no le crean.



Hay 497 caras mirándonos en este otro momento,
en esta otra noche, en esta otra ciudad
bajo nuestra otra mirada
todo se es
 tá quebrando,
todo se está quebrando, todo se quiebra,

todo se quebró.



El sueño que más anhelo

Javiera Valle

Anoche soñé contigo, solté sin más en la llamada y sin esperar respuesta continué. Soñé maravillosas postales todas que queríamos visitar, soñé con nuestro gato y recordé que ya no está con nosotros, soñé con nuestra casa, la que planeamos construir. Soñé con nuestros hijos, aquellos que dijimos que tendríamos y recordé nuestro matrimonio. Soñé que estábamos en París, ese lugar que soñábamos con visitar y me propuse ir el próximo año. Soñé con nuestros planes, aquellos que quedaron inconclusos y soñé con la canción que compusiste para mí. Te vi, hermoso y perfecto tal y como el último día que te vi con tu guitarra sonando perfecta y cada nota acompañaba el compás de mi baile. Soñé con el mar y recordé tus ojos, tan azules y cristalinos que podías ver a través de ellos. Soñé con mi vestido rojo, el que solía gustarte, ese que me regalaste en nuestro aniversario y soñé con tu voz, esa que me volvía loca, la misma que se apagó en mis brazos el día de tu muerte y comencé a extrañarte una vez más en nuestra habitación, reprimí mi llanto porque aún corría la llamada, esa que no será contestada y que a pesar de eso sigo llamando con la esperanza de contestes. Te oigo a lo lejos, una respiración y supe que aún sigo soñando contigo, te oí más fuerte pero esta vez al costado de mi cama. Susurré aún no es hora y con un nudo en la garganta y corazón en la mano te vi alejarte una vez mas de mí. Aún no es hora, pero aún sigo soñando contigo.



La historia del Sol y la Luna

Javiera Choppelo Arias

La Luna interrogante le dice al Sol ¿qué sucede que me ves de esa forma? Te debo una explicación, lo sé.

El Sol angustiado le contesta irónicamente, no me debes nada, o quizás todo, pero, ¿qué vamos hacer, me lo devolverán?, no puedo obligarte a que me devuelvas lo que me quitaste.

La Luna asombrada y entre dientes le dice, eres injusto... el mundo te ama, miles de personas te necesitan, sin ti no hay luz, sin ti no hay un mañana, sin ti no hay esperanza, sin ti no hay vida, en cambio ¿y yo?, yo soy el lado negativo, sin mí se acaba la nostalgia, si yo dejara de existir no habrían tantas personas mirándome por la ventana cada noche mientras lloran con un cigarrillo en la boca, si yo dejara de existir se olvidaría el desvelo, las pesadillas terminarían y todo sería luz.

El Sol cuidadosamente la abraza y le dice, si tú no existieras no habrían sueños y si no hay sueños no hay metas, si no hay metas, no hay logros y si no hay logros comienza la frustración... Si tú no existes yo tampoco, y si no existimos, se acabaría el amor.

La Luna llorando le grita, ¿qué te debo? Para devolverlo!

Y el Sol le contesta, desde que te fuiste no he vuelto a escribir, las palabras eran sinónimo de tenerte y tenerte era mi razón de escribir...

La Luna sin pensarlo y mirando fijamente a los ojos del Sol se comienza a desnudar, y el Sol casi sin poder hablar, le susurra:

"Hoy me siento vacío pero con mucho para expresar,
Hoy vuelvo a escribir y mi pecho se vuelve apretar".



Lágrimas de mayo

Alejandra Fernández Galdames

Siempre se ha dicho que hay que seguir al corazón y luchar por lo
| que se quiere
Pero nadie habla sobre la preocupación de estar equivocado
Los pensamientos recurrentes de cometer un error y arrepentirse
| hicieron creer que somos infelices
Recuerdos que a veces aparecen y otras veces pertenecen a un
| mundo de gran felicidad
Si tan solo existiera la certeza de tener un buen final
Parece que en algún momento llegará el tiempo en el que
| simplemente todo se enfriará
Pero las promesas permanecen haciendo creer que hay otra
| oportunidad
Y aunque los problemas significan lo contrario estás dispuesto a
| sacrificarte creyendo que esa
| será la única opción para salvarte
Tendremos que entrenar al corazón y perseguir a la razón
| entendiendo que ya no queda nada por delante
Llegó el momento de ser felices, soltar y quedar con cicatrices
Y por más que todo tiene un fin la nostalgia pasa y los recuerdos
| quedan en otra circunstancia
Afectos que estarán ilesos en la oscuridad y en el proceso
Y aunque la oscuridad vuelva siempre habrá alguien más dentro
| del cuento



Porque lo difícil no es dejar ir sino el sentimiento de saber que las
| cosas no tendrían que haber terminado así
Y ahora por lo menos sé que las lágrimas quedarán en el mes de
| mayo...

Un día vuelve como si nada y otras veces no entiende nada
Las heridas con el tiempo parece que por fin sanan y esas noches
| de locura consumiendo la tortura quedan
| en vano cuando ya no se encuentran esperanzas

Y aunque haya reclamos y protestas seguimos ciegos
| esperando alguna respuesta que nunca llegará
| porque esa persona está dispuesta a alejarse
| y dejarte en la quiebra

Tal vez no me di cuenta que estaba cayendo en un precipicio al fin
| y al cabo todos terminamos en la huella de algún dolido



Me voy

Javiera Choppelo Arias

Me voy lejos de este lugar a descubrir la magia del sentimiento, a descubrir mis errores y aceptar mis defectos. Voy en busca de un espejo para explotar mis cualidades y virtudes, voy a trabajar con mi alma, espíritu y corazón, siendo mi mente la que organice el equipo.

Me voy para que me extrañen, y también extrañar, para querer ver a personas con anhelo, para tener expectativas y así decepcionarme.

Voy a volar para conocer la altura, para sentirme superior y luego para caer, y así saber levantarme, voy a dejar que el cuerpo sufra para ver qué tal trabaja mi mente.

Voy a caminar tanto que no querré conocer más, y cerraré los ojos para perderme.

Haré el amor con tanta pasión que yo misma me quemaré en el infierno, lo haré con quién amo y con quién no, sobria y ebria, lo haré una y mil veces.

Dejaré que mi corazón me guíe para equivocarme tanto que mi mente no pueda solucionarlo, y así poder pensar tan racional como un animal.

Me iré tan lejos que me perderé, para así luego encontrarme..
Voy a vivir.



Pasos

Marcelo Huaiquiñir Aguilera

Cuervo
Tú
Que callas
Con toda violencia
Sin saber lo que piensan
Lo que callan
Los sordos bosques
De tu cobertizo
No sabes dónde
Se dirigen
Las palabras
De tu
Sonar

Ave
Tú
Que hablas
Con toda paciencia
Sabiedo lo que desean
Lo que gritan
Los parlantes bosques
En tu
Umbral
Bien sabes dónde
Se difuminan



Tus comentarios

Sin

Tonal

Dime dónde estás

En cualquier lugar

No te encontraré

Ya se acabó

El tiempo se nos fue



Puedo

Javiera Choppelo Arias

Puedo luchar contra mi misma fuerza por un segundo de tu
| presencia,
Puedo amarte de una y mil formas, también puedo inventar
| algunas otras,
Puedo escribir poemas y leerlos mil veces, como también puedo
| escribir una canción y dejarla para después,
Puedo amarte con locura o ser tu guía terrenal,
Puedo darte hijos o libertad,
Puedo ser tu compañera y tu aliada, también puedo ser tu
| cómplice y guerrera,
Puedo cruzar el mar y la tierra, puedo luchar contra quién sea,
Puedo darte tiempo y también mi vida,
Puedo sacrificar mi corazón y mis melodías,
Puedo darte hasta mis últimos alientos,
Puedo darte mis sueños y anhelos, también puedo seguirte en tus
| desvelos,
Puedo ser tu seguridad y compañía, mientras te doy tranquilidad y
| armonía,
Puedo amarte y quererte, puedo idolatrarte y complacerte,
Puedo dar mi vida y mi muerte,
Puedo dejarte libre porque sé que eres valiente, pero también
| puedo esperarte hasta más allá de la muerte, porque
| este amor puede vivir sin necesidad de tenerte.



Querido Juan

Marcelo Huaiquiñir Aguilera

Recuerdo regalar un trozo de mí
Carcomía la fe del mar
Pobre saco de carne
No recuerda lo que es verdad

Mi querida maja
Cuándo verás
Cuándo sentirás
Cuánto debo sufrir
Para que tu sed sacie la petulante
E incandescente llama
Que todo consume
Que todo corroe
Que traga
Hasta
La
Última
Gota

Ha dejado de llover
Esperaba estar preparado para ello
Cholo, ya podremos respirar



Ruido Mental

Marcelo Huaiquiñir Aguilera

Sentado en la mesa donde uno suele comer, nos encontramos en una atmósfera sonora propia de cada uno, el sonido de la tv, la mascota de cada quien, el sonido del hervidor, de la tetera, la manifestación de la familia, la manifestación de la soledad para quienes no tienen una, el sonido del reloj, la gota que cae de la taza, los dibujos animados, el grito desesperado de querer estar en otra parte, la voz de un doctor, el colapso de todo sonido en una distorsión que tu mente crea, la película que ayer en la noche disfrutaste, los sonidos de las aves, tu pieza con la música que cotidianamente escuchas, vidrios rompiéndose, el sonido del fuego, tus pasos, un auto chocando, el sonido del microondas, los latidos acelerados de tu primer beso, orinar, la caída de un balón al suelo, un golpe en la frente, el sonido de un frasco de pastillas, el sonido de una protesta, gritos por todas partes, el latido de tu corazón, el pasar del aire, el crepitar de los vidrios, el sonar de tus huesos, el raspar tus dientes, una explosión, caerse, el correr del agua de una llave, ausencia de todo sonido, una misa, los pasos retumban, el sonido de un motor, las sirenas de una ambulancia, niños riendo, un perro ladrando, un bebe llorando.



Saber que estoy vivo

Roberto Castro González

Cubro mis ojos con mis manos y recorro los bellos bosques creados por mi imaginación. Camino a la deriva, observando los alrededores llenos de magnificencia. Mis ojos cerrados abren el mundo en el cual deseo vivir deliberadamente, desconectado de la realidad, y disfrutar en solitario de los hechos esenciales de la naturaleza mientras me pierdo en ella. Mis ojos permanecen cerrados, tapados con mis manos, y así me permiten caminar y conocer un bosque con árboles de colores en abundancia y una fauna diversa y ajena a lo conocido. Nunca he visto aves como esas en la realidad. Sin embargo, todas me son familiares de un modo que no comprendo. Algunas cantan, otras parecen llorar, mientras otras tapan sus ojos con sus alas, como queriendo ocultarse de los demás. Al pasar por su lado, parezco ser invisible a sus ojos, pero al quedar a mi espalda, puedo sentir cómo el peso de sus miradas recae en mis hombros y pecho de una manera agobiante.

A la distancia veo un hermoso gato que pareciera estar esperándome. Al acercarme hasta estar a solo unos pasos, él comienza a alejarse. Avanzo más rápido, pero el gato también aumenta su velocidad, como si la distancia nunca se acertara entre nosotros, pero él no deja de llamarme para que lo alcance. Siento un peso en mi pecho, y el sudor comienza a brotar de mi frente. Percibo como las miradas de las aves y el bosque completo recaen sobre mis hombros con miradas acusadoras que parecen muy cercanas. Quiero abrir los ojos, pero mis manos no se despegan de mi rostro. Una fuerte tracción impide que las quite de ahí. El bosque me tiene



atrapado, y el gato sigue a la misma distancia. Decido sentarme a descansar, tengo miedo de que las aves me ataquen o algo extraño aparezca. Sin embargo, al detenerme, las aves solo cantan alegremente. La presión de mi pecho se detiene; puedo sentir mi piel seca, y dudo si en verdad hubo antes gotas de sudor en ella. Una pequeña ave, quizás un colibrí, se posa en mi hombro y comienza a cantar, pero yo en mi interior soy capaz de comprender lo que me está diciendo.

—Corre, el gato está ahí y no se irá. El bosque está aquí y no se irá. Relájate, el gato seguirá, el bosque se abrirá.

No puedo comprender el porqué de sus palabras, pero cuando termina de hablar, ya no soy capaz de entender nada de lo que dice, solo escuchar un simple canto muy leve.

Por un momento olvido que estoy en un mundo irreal, que solo tengo las manos pegadas a mis ojos. Me siento más relajado, el bosque no se siente pesado y mis hombros se sienten muy ligeros.

Mi mente se aclara y siento que las aves desaparecen y, en su lugar, imágenes de mi vida comienzan a pasar frente a mis ojos. Momentos tensos, discusiones con mi jefe, peleas con mi pareja, rabietas absurdas, la frustración de no poder obtener aquello que deseo.

Nuevamente intento quitar mis manos de mis ojos en vano, y estas comienzan a sudar exageradamente.

De repente, siento una sensación cálida que me rodea, es el bosque que de algún modo me está abrazando sin tocarme. Ese abrazo ayuda a alejar esas imágenes y unas nuevas aparecen frente a mí. La primera vez que nadé, que di un beso, que abracé a mi madre, los consejos de ella, las alegrías vividas, y mi rostro dedicándome una sonrisa que jamás he visto en mi reflejo. Alguien toca mi hombro, no puedo ver quién es, pero siento que mi mente se despeja de lo malo, dejando solo lo aprendido y los momentos



felices de mi vida. Mis manos ya no están pegadas, las quito suavemente, y al verlas me doy cuenta de que nada las mantenía fijas a mis ojos. Miro nuevamente y la humedad que creía ser sudor no solo está en mis manos, sino que brotan de mis ojos sin parar, trayendo consigo un sentimiento de desahogo que llena de felicidad mi mente y alma. Me permitió ver lo que la vida me tenía que enseñar, y darme cuenta de que no deseaba, al momento de llegar la muerte, sentir que no había vivido.



Un día

Bárbara González Mundaca

Son las 4:40 am, me levanto con pocas ganas, voy al baño, me ducho, que rica el agua calentita, salgo y preparo algo rápido de desayuno, tomo desayuno con mi familia y nos vamos. Qué oscuro está, la mayoría de la gente debe estar durmiendo, pero bueno... Mis papás me dejan en Estación Central, ojalá no me siga nadie, ¿habrá llegado ya mi amiga? Al menos a mí me acompañan hasta aquí, ¿cómo se habrá venido? Ay, ahí está, menos mal, nos vamos rapidito al terminal, nos subimos a la liebre, pucha, hay puros hombres, las dos vamos alertas, se subió una señora, bacán no estamos solas, después de una hora de viaje llegamos al hospital, mi amiga se va a su servicio y yo al mío, ojalá sea un buen día, llego, me presento a las pacientes, intento ayudar a que puedan sobrellevar su dolor, la matrona me interroga, no sé algo, me decepciono de mí misma, me prometo que llegaré a estudiarlo, el bebé va a nacer, pasamos a la señora a parto y me permiten asistir el parto con la matrona, tiemblo, respiro profundo y me concentro, nada puede salir mal y para eso debo estar tranquila, el bebé nace y todo está bien, vuelvo a temblar pero ahora de emoción, no de nervio, la matrona me interroga mientras esperamos la placenta, ahora si sé todo, me alegro, no estoy tan mal pero igual tengo que estudiar, termino todo, ahora el papeleo y seguir, intento ayudar en lo que más puedo aunque no conozco mucho el servicio, repaso cada vez que puedo, antodo todo para que después no se me olvide, me duelen los pies, ya, pero me puedo aguantar, no quiero que me vaya a ver la doctora que no le gusta que los internos se sienten...



Quedan 5 minutos, entrego turno a mi compañera, y me reúno nuevamente con mi amiga, caminamos viendo atentas que nadie nos siga, son casi las 21:00 ya está de noche, le mando la ubicación a mi mamá para que no sé preocupe, llego a la estación de metro y veo a mi papá, ya me siento más segura, llegamos a la casa, son las 23:30, hoy hay carne, qué rico, qué bueno que mi mamá encontró esa oferta, lavo mi uniforme, son las 00:30 ya, tengo demasiado sueño, mejor voy a dormir, mañana estudio en la liebre, me acuesto y pienso en la suerte que tengo de tener una cama, recuerdo que no estudié, pienso si realmente sirvo para esto o mejor me pongo a trabar nomás, ¿vale realmente la pena? Pienso que la universidad debería pagar el transporte al menos porque ya casi no tengo plata para llegar a fin de mes... Recuerdo el parto y al recién nacido y me alegro, si vale la pena, el sacrificio valdrá la pena, me duermo.



Vorágine de amor

Arantza Astudillo Sánchez

Es 2050. Nos encontramos en medio del mundo donde reina el caos y la destrucción. Las calles ya no son iguales, pero los problemas siguen siendo los mismos. Han pasado años desde que el cielo dejó de ser azul y la luna pareció haber cambiado de forma. Las aves ya no existen, los perros se extinguieron y se cuenta que los gatos corrieron tan lejos ese día que nadie volvió a ver a uno nunca más. Los árboles son de plástico y ya inventaron una máquina que crea alimentos naturales con sabor a fruta que realmente saben a nada. El viento es caliente, tanto que quema la piel. El número de suicidios nunca fue tan alto, tristemente las personas ya no esperan sentadas a que llegue la muerte, si no que corren hacia ella con devoción.

En medio del caos, nació hace 20 años una pequeña niña llamada América. Es delgada de piel morena, desde pequeña que no llora por nada y guarda un sutil rencor en su mirada. A diferencia de todos los niños que nacieron ese año ella no le temía al fuego, disfrutaba jugar cerca de él y sentir el calor quemándole la piel. Se sentaba en la cuneta para mirar a la gente correr desenfrenada y esperaba con ansias la noche para ver el fuego arder en la calle donde horas antes se besó por primera vez con su amigo de nombre desconocido. Huenchullán, le decían.

La noche era intensa y como de costumbre, las calles se convertían en un sector de guerrilla donde el color rojo parecía lentamente inundar el lugar. A medida que América iba creciendo, observaba este escenario de maneras distintas.



Cuando cumplió 5 años se imaginaba que el fuego era parte de una fiesta donde todos se reunían para celebrar un gran acontecimiento. Cuando cumplió 10. Cuando cumplió 15 no salió a la calle y se encerró por horas en el baño mientras rompía con rabia un pedazo de algo que se le parecía al cartón. El rojo dejó de ser su color favorito y no quería sentir más ese calor insoportable en la piel, hasta hoy.

Hoy es su cumpleaños número 20 y ya es una mujer. Sus ojos siguen fríos y espera con ansias la noche para juntarse con aquel muchacho de ojos tristes; Huenchullán. Se pinta los labios con un lápiz labial gastado que heredó de su abuela, se soltó el cabello por primera vez y salió a la calle a mirar cómo la gente ya comenzaba el ritual del fuego; sin embargo, esta vez no quiso quedarse afuera. Quiso ser parte de la acción. Tomó un poco de gasolina y comenzó a derramarla por la calle mientras se formaba, sin querer, algo parecido a un corazón. Se sentía bien, este era su día y se merecía por primera vez ser parte del caótico ambiente que la rodeaba. Sin darse cuenta, la gente comenzó a aglomerarse poco a poco, cada vez eran más personas vociferando gritos y encendiendo todo lo que encontraban a su paso.

No era un panorama romántico, pero a lo lejos vio a Huenchullán acercarse con una rosa roja de plástico en la mano. América nunca vio algo tan hermoso y no se trataba de la rosa. Le tomó la mano mientras lo llevaba con fortuita inocencia al centro del círculo en forma de corazón y le prendió fuego. Dio un salto de felicidad hasta que un ruido interrumpió su sonrisa.

Alrededor de ellos la gente gritaba descontrolada y el ruido del odio se volvía ensordecedor. En cosa de segundos, cronológicas muertes formaban un cementerio de minas a punto de estallar. Hoy, era diferente. Hoy, era humanos contra humanos.



Todo se tornó violento; pieles calcinadas, casas vestidas de cenizas y el desgarrador grito de una madre desesperada parecía detener el tiempo. La mirada de América se nubló. Era la primera vez que sentía ese dolor en el pecho que solo te lo entrega el sonido de un corazón rompiéndose por primera vez. Mira a Huenchullán y se inclina otorgándole el beso más dulce que nunca nadie dio en aquel mundo de la destrucción. El tormentoso ruido de sufrimiento dejó de sonar en sus oídos.

Acostados en medio de un corazón de gasolina se desnudaron sincronizadamente poco a poco, mientras sin darse cuenta, ardía en llamas la rosa de plástico.

El mundo se calcinaba y junto a él, su gente. Mientras tanto, América libre hacía el amor en el infierno y Huenchullán sin represión le besaba los ojos.



¡Las matemáticas no me sirven!

Javiera Parra Moreno

Érase una vez una niña de ocho años llamada Sofía, la cual vivía en una pequeña y acogedora casa en una ciudad de Chile con su abuelita, sus padres pasaban viajando y casi nunca los veía. Esta niña tenía unos preciosos ojos cafés iguales a los de su abuela, su cabello era liso, castaño y muy largo y siempre su abuela lo trenzaba y le hacía peinados hermosos antes de irse al colegio. A Sofía le encantaban los autitos de juguete, tenía una colección gigante de ellos que conseguía en la feria, también le gustaba ver videos de experimentos antes de dormir, le decía a todos que cuando creciera ella sería una gran científica y trabajaría mezclando muchas cosas. A Sofía también le gustaba ir al colegio para jugar con sus compañeros y los fines de semana acompañaba a su abuelita, la cual trabajaba vendiendo frutas y verduras en la feria del barrio.

Un día, en la clase de matemáticas, Sofía tuvo un problema en una actividad sobre contar monedas de 5, 10 y 50. La pequeña confundida trataba de sumarlas hasta llegar a 100, pero nada le resultaba, mientras veía que sus compañeros resolvían el ejercicio antes que ella. Al terminar la clase, Sofía se fue frustrada a su casa y en el camino le contó a su abuelita lo sucedido en la clase, su abuela, que era una experta en sumas, restas y otras operaciones, le preguntó por qué no le había contado que no le iba bien en matemáticas desde un principio para así poder ayudarla, a lo cual Sofi respondió desinteresada: —¿Para qué? Las matemáticas no me sirven para nada.



Su abuelita quedó sorprendida por la respuesta de su nieta, ya que sabía muy bien que a los ocho años lo que tenía que aprender Sofía en el colegio era muy importante en su vida, en un momento quiso regañarla, pero mejor se contuvo, pensó en las cosas favoritas de la niña y le dijo con un tono suave: —Hijita, ¿cómo no te van a servir? Si no sabes sumar y restar bien, ¿cómo contarías los autitos de tu colección? ¿O cómo vas a ayudarme con las monedas en la feria? Incluso para hacer experimentos necesitas saber mucho de matemáticas y lo sabes. Pero Sofía seguía sin entender la importancia de ellas y sentía que no le servía, simplemente no tenía interés en aprenderlas.

Al llegar a casa, después de comer algo juntas, la abuelita fue a la habitación de Sofía y sacó los autitos que tenían guardados, los cuales eran alrededor de 75 que habían juntado por mucho tiempo casi cada fin de semana. La abuelita los dejó en la mesa del comedor y comenzó a agruparlos de 3 en 3 y le pidió a su nieta que contara cada grupo de autos, luego Sofía fue contando cada auto y anotando el resultado mientras iba sumando otro grupo. Luego hicieron grupos de 5 autitos cada uno, y así llegando a hacer grupos de diez autitos. Así a Sofía se le hizo más fácil aprender a contar en secuencias. La abuelita abrazó a su nieta con amor, le dijo: —¿Viste que podías? Así se te hará más fácil contar tus autitos cuando vayamos consiguiendo más, y también puedes contar dulces o monedas, como en clases.

Al día siguiente, luego de la escuela, Sofía y su abuelita llegaron a casa, almorzaron juntas mientras Sofía le hablaba a su abuela sobre lo que aprendió del cuerpo humano en ciencias naturales. Cuando terminaron de comer, la abuela le pidió a Sofía que la acompañara al patio a preparar el triciclo para ir mañana a la feria. Estando en el patio, la abuelita abrió un saco que tenía varias manzanas de distintos tamaños, unas muy grandes



y otras pequeñas, las colocó en una mesa y le pidió a su nieta que guardara diez en cada bolsita. La pequeña Sofía pudo hacerlo sin problemas mientras miraba a su abuela hacer bolsas enormes con papas dentro. La abuelita le pidió a Sofía que contara las bolsas de manzanas que había hecho y Sofi valientemente las contó, resultando 20 bolsitas de manzanas. Su abuela le explicó: —Aprender a contar números grandes te sirve mucho, ¿viste?, y si sigues aprendiendo, podrás ayudarme a vender todo esto, incluso llegarás tan lejos que serás la científica más famosa del mundo.— A Sofía con la última frase de su abuela se le iluminaron los ojitos y se dieron un abrazo largo, durante el resto del día siguieron preparando las demás cosas que la abuela vendía.

El día sábado se levantaron temprano y llevaron todo al puesto de la feria que su abuelita había tenido por años, era una mujer conocida en el barrio y Sofía era muy querida por los clientes, todos la conocían porque acompañaba a su abuelita los fines de semana. Durante la mañana la abuelita se encargó de recibir el dinero y atender a los clientes, mientras que a Sofía le encantaba entregar las bolsas con frutas y verduras a la gente que las compraba, siempre las entregaba sonriente. A Sofi le alegraba mucho cuando era fin de mes, porque les iba muy bien en las ventas y Sofía podía comprar el autito que ella quería y su abuelita le regalaba los dulces que le encantaban.

A eso de la hora de almuerzo, la abuela le pidió a Sofía que pregunte en el puesto que quedaba al frente de ellas cuántas monedas necesitará para comprar una porción de papas fritas. La niña se armó de valentía y fue a preguntar, cuando volvió, le contó a su abuelita que necesitaba ocho monedas de 100, a lo que su abuela le preguntó a Sofía cuántas monedas va a necesitar si va a comprar dos porciones, así que Sofía comenzó a calcular la suma —¡Abuelita!



¡Vamos a necesitar 16 monedas!-- Le dijo con alegría, Sofía estaba contenta, porque se daba cuenta de que estaba aprendiendo y podría comprar ella sola más adelante. La abuelita le pasó las monedas y Sofía volvió feliz con las papas fritas que almorzaron en el puesto de la abuela.

Al llegar la hora de irse a casa, pasaron por el puesto en donde Sofía compraba autitos, se quedaron mirando un rato y como les fue bien ese día, la abuela le permitió elegir dos autitos, siempre y cuando los comprara ella. Entonces Sofía recordó lo que hizo para comprar las papas e hizo lo mismo, primero preguntó cuántas monedas iba a necesitar para comprar un auto, a lo que el vendedor respondió que dos monedas de 50. Sofi se concentró, contó con los deditos de sus manos y no tardó mucho en decirle a su abuelita que quería cuatro monedas de cincuenta, así que la abuelita feliz la felicitó y le pasó las monedas a su amada nieta.

El día domingo la abuela de Sofía llevó a la feria un cuaderno y anotó ejercicios de sumas y restas para que la pequeña practicara más, también había escrito problemas matemáticos parecidos a los que tiene que resolver comprando en la feria, Sofía resolvió todos, se equivocó en algunos, pero casi todos le salieron bien. Antes de irse a la casa, la abuelita tomó en brazos a Sofía, la besó en la mejilla y le acarició la espalda, la abuelita le dijo: —Mi hijita inteligente, yo creo que estás lista para la prueba del lunes, ¿ves que era importante aprender matemáticas? Ahora podrás ayudarme a comprar cuando venimos a la feria.— Sofía estaba feliz, se sentía la dueña del mundo por haber aprendido algo que veía imposible de entender y le contestó que mañana se sacaría un 7,0 por ella.

El día lunes Sofía hizo la prueba de matemáticas y revisó los ejercicios más de una vez para ver si estaban bien, como su abuela le había aconsejado. Una vez hecho esto la entregó y terminada la hora de matemáticas le entregaron su nota y tal cual dijo, se



sacó un 7,0, recibió una felicitación por parte de su profesora y sus amigos. Sofía esperó toda la mañana y un poco de la tarde para que su abuelita fuera a buscarla y así darle la gran noticia. Su abuelita, que se mostraba más que orgullosa por el logro de su nieta, le dijo: —Mijita, ¿te parece que comamos un quequito para la once por tu éxito?— Sofía le respondió con total alegría que sí y se fueron a casa hablando sobre los experimentos que haría Sofía cuando fuera científica, Sofía le mencionó a su abuela que quería revivir a los dinosaurios un día. En la tarde comieron queque y panquequitos con manjar hechos por ellas mismas.





Letras en primavera, concurso literario de la Biblioteca Municipal Fatema Mernissi, es la decimocuarta publicación de CERRO EDICIONES en coedición con BIBLIOTECA MUNICIPAL FATEMA MERNISSI. Este libro en su versión digital se terminó de editar y diseñar en junio de 2023. Se usaron las tipografías Alegreya, Alegreya Sans y Montserrat.